

cha en Dios y en su alma inmortal, nada de este mundo puede hacerle feliz, recibiendo prematuramente en sí mismo la recompensa debida á su error: *Mercedem quam oportuit erroris in semetipsis recipientes*. Y de esta misma locura adolece el siglo en que vivimos; este mismo crimen comete nuestra generacion actual; así es que ella es tambien la época más desgraciada; porque jamás se viera mayor ambicion, jamás más lujuria, jamás menos respeto á los templos, jamás menos veneracion al sacerdocio, jamás se vieran tantos folletos impíos, jamás menos obediencia á las leyes, jamás más indiferencia en Religion, jamás mayor desprecio de las luces que Jesucristo nos trajera con su Evangelio; pero en cambio, nunca se vieran tantos tiranos que han sacrificado á la humanidad, tiranos salidos de entre los mismos cristianos; nunca tantas guerras civiles, nunca pestes tan devoradoras, nunca tales terremotos, nunca tan horribles huracanes, nunca tantas y tan formidables inundaciones; pero el siglo recibe lo que merece; adoptó las ideas de la incredulidad, y la incredulidad le da el pago merecido: *Mercedem quam oportuit, etc.*

¡Oh, amados míos! Suspiremos por aquella dicha que se nos prepara en recompensa de haber creído con sumision y humildad; anhelemos por aquel momento en que el alma justa se reviste de una gloria inexplicable, en premio de haber amado en este mundo á su Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo; saludemos aquella mansion deliciosa, que está preparada para los que usan del mundo en conformidad con los principios que la Religion inspira. Esta es la ciencia verdadera; todo lo demás es locura y desgracia.

¡Hijos de María! etc. etc.

## SERMON MORAL DOGMÁTICO

SOBRE

### LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION DEL CUERPO.

(PARA LAS FLORES DE MAYO.)

*Novissima autem inimica destruetur mors.*

Y la enemiga muerte será destruida la postrera.

(I ad CORINTHIOS, cap. xv, vers. 26.)

Creer ciegamente en las verdades reveladas es el carácter del cristiano humilde y sumiso á la autoridad que habla; creer conociendo la conformidad que hay entre los misterios divinos y la razon humana, es propio del cristiano sumiso tambien, pero ilustrado. Una y otra fé se encuentra en la Iglesia, siendo esta la activa y aquella la pasiva, nutriéndose una en el seno de los doctores y la otra en la generalidad de los fieles. Si yo os digo que entre muchos de los que me oyen no hay sino la fé pasiva, aquella fé comun á toda la Iglesia, con la cual se cree firmemente cuanto Dios ha revelado, atendida la infalibilidad del que revela y la de la Iglesia que así la canoniza; si os digo que hay otros que tienen la fé activa, propia del cuerpo de los doctores, esta fé, que evoca en su testimonio la autoridad de la razon, de la humanidad, de la dialéctica, de la historia, de los monumentos y de las tradiciones; esta fé, que advierte la más bella armonía entre las luces de nuestro espíritu y los dogmas revelados; esta fé, que hace del entendimiento humano, que naturalmente es pigmeo, un gigante que se enaltece hasta el cielo, que se lanza en el porvenir, que retrocede

á lo pasado y domina á lo presente; si os digo todo esto no será, en verdad, ensalzar á los últimos, ni deprimir á los primeros; pues no es más digno de alabanza el magnífico vaso que destinára el alfarero para la casa del príncipe, que aquel que no tuviera adorno alguno por no deberse servir de él sino el humilde zagal; el acto reflejo con que el espíritu advierte la conformidad que existe entre la razón y el dogma, es propio de todo hombre que tiene la fé, y no hay otra diferencia, en cuanto á su existencia en unos y su no existencia en otros, más que la que vemos entre la rosa desarrollada y la que aún está encerrada en el pimpollo, la cual se abrirá tan pronto como sea caldeada con la acción vivificante del sol. Sí, señores; todos tenemos ó tendremos esta fé ilustrada, esta fé que raciocina, sea ahora, sea despues, pues la sumisión de nuestro espíritu á la autoridad divina es un obsequio racional, como afirma el divino Pablo, y se ha de cumplir irremisiblemente en todos y en cada uno de los que creen.

Señores, voy á poner un paralelo de esta verdad para vuestra completa inteligencia, descubriendo la infalibilidad de un hecho que está reservado para el porvenir de los tiempos, tanto por la fé pasiva, como por la activa, tanto por la fé que cree, como por la que cree y raciocina. Este hecho es la resurrección de los cuerpos; la fé dice: «Creo en la resurrección de la carne.» Y basta que la Iglesia proponga este artículo del símbolo, para que el fiel humille su cerviz. Si pregunta el incrédulo á un hombre del pueblo los fundamentos de este artículo, no podrá este exhibirle otro que el de la voz de la Iglesia; pero haced esta demanda á la misma Iglesia; hagámosla á los que están encargados de enseñar, instruir y confirmar á los débiles, y de atacar y confundir á los contumaces, y vereis desarrollarse una razón eminente y sublime, ante la cual huirán todas las cavilaciones y sofismas, como se

esconden á la aparición del astro del día todas las aves nocturnas. Esta fé nos dirá entónces: «Creo que los cuerpos han de resucitar para no volver jamás al polvo, no sólo porque así lo ha revelado el Altísimo, el Infalible, el Sabio por esencia, sino también porque mi razón natural repugna á creer lo contrario; porque desde luego yo advierto en el hombre dos potencias, una material, otra espiritual, cuerpo y alma; y estos dos seres se aman con exceso; padecen gran violencia cuando se separan uno de otro, y reclaman una unión eterna, inseparable, que Dios no puede ménos de satisfacer, pues ha criado todas las cosas para que vivan en su centro y no padezcan violencia alguna; y por consiguiente no ha de permitir que la violencia que sienten mutuamente el cuerpo y el alma en su separación, sea perpétua. Creo este dogma, continuará la fé activa, por ser conforme á cuanto han enseñado todos los sabios y creído todos los pueblos, no sólo los que explícitamente han oído la voz del cielo, sino hasta los mismos paganos é idólatras, y no es posible desechar el testimonio universal sin ser un loco y temerario. Yo creo, además, este dogma, porque la experiencia de diez y ocho siglos me lo demuestra hasta la mayor evidencia; porque diez y ocho siglos há que todos los pueblos y naciones están atacando al Cristo, y nadie ha podido hollar un ápice de cuanto Él dijo; Él ha triunfado de todos los hombres, sean reyes ó sabios, pueblos ó Senados, y yo sé que le falta obtener en toda su latitud una victoria que es infaliblemente suya, la victoria sobre la muerte, que ha de cerrar la era de los combates: *Novissima omnium destruetur mors*. Y no sería posible que consiguiese esta victoria, si los cuerpos no resucitan, pues la muerte no puede empecer á las almas, que por su naturaleza son indestructibles é inmortales.

Hé aquí, amados míos, una verdad propuesta por la Religión y demostrada con la razón, dogma bien con-

solador, del cual deducimos legítimamente que tenemos que salvar ó condenar para siempre á este cuerpo, que ahora agrava nuestra alma, y ha de ser por algun tiempo compañero del polvo. Aquí no tiene lugar la duda, ni puede haber efugio para el incrédulo; la proposición es de verdad eterna, demostrable á todas luces. ¿Cuál debe ser el partido á que nos adhiramos? Señores, el hombre más sábio es el que mira con más prudencia por sus propios intereses: seamos, pues, del partido y del número de los hombres cuerdos, y procuremos salvar nuestros cuerpos, haciendo cuanto está de nuestra parte para que un día vuelen por los espacios hasta lo más alto del cielo, que Dios preparó al hombre. Para que miremos este negocio con la atención de que es digno, sea este el asunto de mi discurso y el objeto de vuestra atención religiosa, despues de saludar á María Santísima con el Arcángel.

#### AVE MARÍA.

Cuando he dicho que falta á Jesucristo conseguir en toda su latitud un triunfo, no he hecho más que expresar mi sentimiento del divino Pablo. Esta victoria radicalmente está conseguida hace diez y nueve siglos; pero no ha podido tener aún su desarrollo y complemento. Oidme, amados míos; recordad lo que ocurrió despues que Jesús espiró. Los Pontífices y sábios de la Judea aún no están contentos con haber dado muerte á Jesús: un terrible torcedor corroia sus corazones; habian conseguido apoderarse del Justo y llevarlo al patíbulo; Jesús muere. ¿Podía temerse á un hombre ya difunto, embalsamado y encerrado en un sepulcro? Había afirmado Jesús que despues de su muerte resucitaria á los tres días. ¿Podían temer que se verificase la predicción de un hombre que ellos tenían por sacrílego y fanático, y que moría bajo el terrible peso del anatema de la ley? En realidad, segun

aparece por la relacion del Evangelio, los fariseos no temían que Jesús resucitase; todos sus temores eran que podían venir los discípulos, robar su cuerpo de noche, y propagar entre la plebe el rumor de que habia resucitado: lo que haría, segun ellos creían, que el último error fuese mayor y peor que los anteriores. Para obviar á tamaño mal se presentan al presidente romano pidiéndole auxilio, con estas palabras insultantes: «Señor, aquel fementido dijo cuando vivía que resucitaria al tercer día. Mandad poner un destacamento militar en su sepulcro; sea éste sellado con las armas del imperio; nadie se atreva á tocar al frío mármol; sea custodiado por la lanza y la espada, no sea que sus discípulos lo hurten y diseminen nuevos errores.» Así pasaban las cosas despues que Jesús murió.

Bien veis, amados míos, que le faltaba á Jesús concluir alguna hazaña muy notable, pues tan suspicaces andaban sus émulos, que no perdonan ni á su inerte cadáver. Mas ¿qué hazaña es esta? Al concluir Jesús su vida, ¿no ha dicho: *Consummatum est*, todo está acabado? ¿No ha conseguido ya todas las victorias y triunfos que se habia propuesto? Radicalmente sí los consiguiera; si podeis avivar las penetrantes miradas de la fé, subid al Gólgota; Jesús ha muerto. ¿No veis lo que yace tendido al pié de la Cruz? ¿No veis quién se halla encadenado al Tronco divino? ¿No veis ese cruel espectro, á quien no ha quedado fuerza para manejar la terrible guadaña? ¿No veis al dragon sanguinario, para quien las últimas palabras de Jesús en la cruz han sido un rayo aterrador? ¿No lo veis encadenado y sin fuerza? Son el demonio y la muerte. Jesús no tenía otros enemigos que vencer; al demonio, que engañára al primer hombre; á la muerte, que se apoderára del hombre apóstata sujetándolo á su imperio. La muerte ha sucumbido; Jesús la ha matado; pero este triunfo tan completo en sí, aún no ha tenido todo el des-

arrollo. Este sólo se verá cuando, volviendo del Limbo, el alma de Jesus éntre de nuevo en el cuerpo, le dé una animacion nueva y gloriosa, y salga en triunfo de entre las sombras sepulcrales. Hasta este momento el vencedor ha guardado silencio, ha tenido en expectativa á unos enemigos ignorantes que quisieran pelear con Dios á lo humano, que pensáran que este Dios, en forma de siervo, era tan engañador como ellos; pero llegado el instante prefijado para publicar la victoria y sus efectos, Jesus sale de entre los horrores de la tumba cantando alabanzas á su Padre celestial, y diciendo á la muerte: ¿Dónde está ahora, ¡oh muerte! dónde está tu antigua victoria, que conseguiste sobre los míseros hombres? *Ubi est mors victoria tua?* ¿Dónde está ese aguijon venenoso con que inficionabas y destruías á mis hermanos? *Ubi est mors stimulus tuus?* Concluyóse tu imperio y tu reinado; yo tomé forma humana para pelear contigo cuerpo á cuerpo y hacer partícipes de mi triunfo á todos mis hermanos los hijos de Adan. ¿Creías tú que triunfabas porque ejerciste sobre mí tu saña en el Calvario? ¿Crees tú que triunfas sobre mis hermanos porque sus cuerpos yacen en el polvo? ¡Ah! No; para mí tanto valen tres dias como mil siglos; yo soplaré un dia sobre los cadáveres pulverizados de mis hermanos; yo haré que se unan sus huesos y que se extiendan sobre ellos los tendones, las arterias y la piel; yo haré que éntre en ellos el espíritu de vida y vuelvan á vivir, y entónces serás tú destruida y aniquilada. *Novissima autem destruetur mors.* No venzo yo, sino para que ellos venzan; no resucito, sino para que ellos resuciten tambien; porque yo soy el tipo de las glorias que han de tener los que me sigan en los sufrimientos de la Cruz. *Novissima autem destruetur mors.* Este triunfo de Jesus es completo.

Empieza ya á descubrirse la gran importancia de la salvacion de nuestros cuerpos; porque, señores, lo que

fueran para Jesucristo los tres dias que siguieron á su muerte, lo serán para nosotros los años ó los siglos que estemos confundidos en el polvo. La distancia importa poco, pues no existe sino para nosotros que por nuestra limitada comprension dividimos las edades en pasadas, presentes y futuras; mas no para Dios, de quien decimos que ve lo que hubo, lo que hay y lo que habrá, no porque haya para él algo pasado ó futuro, sino porque es preciso hablar así para entendernos. Dios no tiene más que un momento de existencia, y este momento es lo presente, este momento es lo eterno, lo inmensurable; límites, porvenires, pretéritos, no los hay para Dios. Raciocinemos, pues, para nuestro propio bien. El triunfo que consiguió Jesucristo sobre la muerte, dura y durará tanto comola misma eternidad. ¿Sabeis para qué lo consiguió? ¡Ah! Voy á trasladaros de un teatro de sangre y de horror á otro de éxtasis y de gozo. Dejemos el Gólgota y vayamos al monte Olivete. ¿No veis lo que pasa á los cuarenta dias de la resurreccion de Jesus? En el mismo monte donde la sangre bañára aquel cuerpo divino, ocasionando un sudor copioso la angustia y agonía, va á representarse una escena que no se viera en cuatro mil años, ni se reproducirá hasta el último dia del mundo; escena que llama tanto la atencion de los circunstantes, que todos quedan extáticos mirando al cielo, sin poder volver en sí hasta que dos ángeles les hablan. ¿Qué ha podido acaecer tan maravilloso y desusado para llenar á los Apóstoles y discípulos de un santo estupor? ¿Qué? Una trasformacion inaudita; el cuerpo, cuya naturaleza es la pesadez, la inclinacion hácia la tierra, ha perdido todas estas cualidades; en vez de gravitar como la materia terrenal, quiere elevarse como el fuego; aquel mismo Jesus que viviera treinta y tres años en la tierra, conversando con los hombres como uno de ellos, echa su bendicion á los discípulos, les dice las últimas palabras

de paz, prometiéndoles su asistencia perpétua, y al decir estas razones amorosas, empieza á elevarse con majestad y lentitud, siendo recibido en blancas y esplendentes nubes, subiendo por los espacios con su propia virtud, con voces de júbilo y al sonido de las angélicas cítaras.

En esta última accion de Jesus está cifrado el complemento de su victoria sobre la muerte. Jesus resucita del sepulcro para trasladarse al cielo y sentarse á la diestra de su Padre. Recordad ahora, amados míos, lo que Jesus decia á sus discípulos en la última Cena: «Yo, les dice, dispongo del reino para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí. Para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y os senteis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel.» Y con estas solas palabras comprendereis, que así como Él resucitó para subir al cielo, así hemos de resucitar nosotros para penetrar con la virtud de Dios por esos azulados espacios, y subir llenos de gloria y majestad hasta el empíreo, y gozar de las inefables delicias de la gloria, realizándose entónces el triunfo de Jesucristo sobre la muerte en toda su latitud.

¡Oh! ¡Á qué religion tan sublime nos conduce esta idea de la ascension de nuestros cuerpos! Es de tanta consecuencia la última proposicion sobre la resurreccion de éstos, que el divino Pablo cifra en ella toda la esencia del Cristianismo. Desde luégo, contrayéndose á Cristo, dice: «Que no murió ni resucitó sino para extender su dominio en los vivos y en los muertos.» Y descendiendo luego á los efectos de esta resurreccion en nosotros, establece todas estas verdades que vais á oír. Primera: si Cristo no resucitó, luégo vana es nuestra predicacion, y tambien es vana vuestra fé. Segunda: si Cristo no resucitó, en vano esperais, pues estais aún en vuestros pecados. Entónces, ¿qué diremos, sino que los que creen en Cristo tan sólo para una vida tan efímera como la presente, son los más desgraciados de todos los hombres?

Razon tenía el sublime Agustin para afirmar que «la creencia en la resurreccion de los cuerpos, es la fé especial de los cristianos,» y «que en nada se contradecia al Catolicismo con tanta fuerza como en negar esta resurreccion.» Sí, nuestra victoria sobre la muerte es una consecuencia necesaria de la victoria de Jesus, y nuestra ascension á los cielos en cuerpo y alma. Gloriosa es tambien otra consecuencia que deduce admirablemente el mismo Apóstol con estas palabras: «Si creemos que Jesus murió y resucitó, así tambien creemos que Dios traerá con Jesus á aquellos que durmieron por Él.» Esto os decimos en palabra de Dios... porque el mismo Señor, con mandato y con voz de Arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo: y los que murieran en Cristo resucitarán los primeros. Despues nosotros, los que quedamos aquí, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes... y así estaremos para siempre con el Señor. Es decir, amados míos: el golpe que la muerte nos dá, es transitorio y momentáneo; nuestros cuerpos se debilitan y disuelven y pulverizan; mas no se anonadan enteramente, estando como estamos asegurados de la victoria sobre la triste parca. Establezcamos, pues, para nuestro consuelo esta verdad ántes de desarrollaros toda la importancia de la salvacion del cuerpo. Esta carne, que agrava el espíritu, ha de ser un dia más leve que una pluma; esta carne tosca y opaca, ha de ser esplendente como el sol; esta carne, que no es hoy más que una aglomeracion de insectos de principios disolventes, de corrupcion y fetidez, ha de gozar un dia el privilegio de la naturaleza espiritual, ha de ser incorruptible é inmortal; este cuerpo, que nos arrastra ahora hácia la tierra, ha de subir un dia hácia el cielo, no como la brizna de débil papel que es envuelto entre los torbellinos de los vientos y elevado por la atmósfera sin orden, sino que como águila real volará hasta llegar á mirar de hito

en hito al Sol de justicia, y como aguerrido soldado que tuvo parte en los combates de su capitán en la tierra, le seguirá en el día del triunfo para adornar también sus sienes con el lauro de la inmortalidad en el cielo. ¡Qué prodigio, amados míos! ¡Cómo! ¿El cuerpo que comen los gusanos, ha de ser inmortal? ¿Estas pupilas que son devoradas por la podre de la tumba, han de ver á su Dios? Sí, señores, sí. Esta es la gran creencia de la humanidad; esta la fé que sostenía al paciente Job en el triste muladar, cuando no había otra diferencia entre este y su cuerpo que la de estar este animado y aquel no. «Yo sé, dice, que mi Redentor vive, y que lo he de ver con mis propios ojos, y esta esperanza hará que mi cuerpo exánime tenga una especie de vida en el sepulcro.»

Pero reflexionemos más profundamente en este asunto, señores. Aún no se ha descubierto toda la importancia de la salvación de nuestros cuerpos. El triunfo que Jesucristo consiguió sobre la muerte para sí y sus hermanos, iba acompañado de otra victoria más complicada y difícil. Había vencido á la primera muerte, y para conseguir la completa derrota de ésta, no necesitaba más que ofrecer su cuerpo en Hostia de propiciación. Era este triunfo bien penoso, pues tenía que morir en él el decreto de muerte que fulminara Dios al principio. Sin embargo, Jesucristo lo alcanzó en toda su plenitud. Mas existía la segunda muerte, sobre la cual el Redentor no podía obtener triunfos completos y universales. ¿Os admirais de mi proposición? Leed al Profeta Oseas, y en él encontrareis las dos muertes, de las que una será completamente destruida, y otra no lo será del todo, pero sufrirá una gran derrota. La primera es llamada muerte, la segunda infierno, y á una y á otro dice Dios estas palabras: «¡Oh muerte! Yo seré tu muerte. ¡Oh infierno! Yo seré tu mordedura.» *O mors! Ero mors tua. Morsus tuus ero inferne!* Leed también al extático de Path-

mos, y encontrareis en él la misma idea. Viera este Apóstol la serie de todos los sucesos de la Iglesia hasta la consumación del mundo: sus persecuciones, sus lauros, sus mártires, sus vírgenes, sus doctores, todo le fuera enseñado en la revelación, comprendiendo en el emblema de siete sellos, de siete trompetas y de siete plagas de ira de Dios, cuanto acaeciera en la tierra hasta la venida del Juez Justo. Concluida esta visión profética sobre los trabajos de la Iglesia militante, empieza la historia de la triunfante. Antes de hacer la descripción de esta Iglesia, feliz eternamente, se ve una gran revolución en la naturaleza. Todos los muertos, chicos y grandes, están en presencia del Trono: se abren los libros, y son todos juzgados por lo que hay escrito en ellos. Ni un solo hombre se esconde ni evade de este tribunal final; el mar arroja sus muertos, la tierra los arroja también, y el infierno igualmente. Entre tanto, ¿qué sucede? Se ve un cielo nuevo y una tierra también nueva; aparece la Jerusalén celestial ataviada y engalanada, como la esposa que va á dar al cordero divino su mano; se oye una voz desde el trono de la Divinidad, que da un detalle de la suerte ulterior del mundo con este razonamiento, en el que debiéramos pensar á menudo, para no arriesgar la salvación de este cuerpo, á quien tanta felicidad está preparada en la patria celestial, ó tanto infortunio en el lugar de los tormentos. Dicen de este modo: «Hé aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres y morará con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos, y ya no habrá muerte, ni más llanto, ni más clamor, ni más dolor, porque las primeras cosas pasaron. Mas á los cobardes, á los incrédulos y homicidas y deshonestos, la parte suya será en el lago, que arde en fuego y en azufre, que es la segunda muerte.» Aquí hay, señores, algún misterio.

Acabóse el mundo, y, sin embargo, ¡qué sorpresa! Aún hay una muerte, de la cual Dios no ha podido triunfar.